

Un día muy agitado

por **Beatriz Doumerc**

A las seis de la mañana despertaron a todos los turistas. Y mucho hubo que apurarse, pues el sol no admitía demoras.

Estaba programado ver su salida tras la colina del Gigante Calvo que, según decían los folletos de la agencia de viajes, era un espectáculo digno de verse, aunque fuera una vez en

la vida. Pues en ese momento, único en el día, los rayos nacieses formaban sobre la enorme cabeza de piedra una roja cabellera. Mejor dicho, unos rojos mechones bien erguidos y en-



Beatriz Doumerc

Trazar un autorretrato es mi primera intención teniendo presente que es un arte de invención. Que es un arte de invención y entre verdad y mentira lo que queda dibujado es el rostro de la vida. La vida tiene dos puntas, dice una amiga a quien quiero y ante esa frase tan justa aquí me quito el sombrero. Aquí me quito el sombrero y me agarro la cabeza pues que tengo que encontrar la punta por la que empieza. La punta por la que empieza mi vida hace tantos años y a pesar de la invención no dar lugar al engaño. No dar lugar al engaño es mi segunda intención (y no hablo de la tercera porque esa es otra canción). Que ahora se trata de abrir la caja de la memoria liberando los recuerdos que puedan hacer historia.

La caja de la memoria va sin llave y sin candado en ella como en botica todo se encuentra mezclado. Todo se encuentra mezclado y siendo una caja, al fin, lo que le pasó a Pandora puede volver a ocurrir. (Trataré que no suceda y libraré los recuerdos como con mano de seda.)

Como con mano de seda recupero un jazminero, por su radiante belleza bien puede ser el primero. Después, aparece un sol, a sus rayos nada escapa, y un ángel con bandoneón bajo una luna de plata. Tras ella se viene un río con una orilla de verde y en la otra la mirada que en horizontes se pierde. Por ese río me fui o me fueron, no es el caso bucear entre diferencias habiendo tan poco rato. Como equipaje llevé una herramienta liviana que las palabras se llevan al hombro, como las alas, pero de ahí a volar, yo no puedo decir nada. Si nada puedo decir, señal de poca invención, ¡pobrecito autorretrato, se quedará en la intención! Disculpas pido a los CLIJ, ellos sabrán comprender... En este incierto vaivén entre la luz y la sombra ya lo dijo aquel poeta: «la vida es una milonga».



AYAX BARNES

hiestos; en fin, una estupenda cresta *punk*.

Y allá se fueron todos, jóvenes y viejos, algo somnolientos pero con mucho entusiasmo, a disfrutar del espectáculo.

Que duró brevísimos instantes y que muy pocos vieron, ocupados en preparar sus cámaras de las que, en la mayoría de los casos, sacaron fotografías borrosas o veladas. Una mancha roja y nada más.

Después el sol siguió subiendo, el gigante siguió calvo y los turistas siguieron corriendo de un lado a otro de la ciudad para no perderse ninguna de sus maravillas: templos, palacios, monumentos. Algunos estaban

enteros pero algo cambiados; otros estaban por la mitad pero con buena voluntad uno se podía imaginar la mitad que faltaba; de otros, en cambio, sólo quedaba el recuerdo. Y como ninguno de los turistas los había visto antes, nada pudieron recordar.

Por fortuna el guía estaba con ellos y les explicaba todo: lo que estaba y lo que no estaba, lo que había sido y lo que ahora era diferente. Pero había que permanecer muy atento, porque apenas se perdía una palabra... ¡zas!, empezaba el rumoreo y la clara explicación del guía se convertía en una confusión descomunal:

—¿Qué dijo el Rey?

—Pues nada. Dijo capitel.

—¿Siglo seis?

—Acanto y laurel...

—Antes de Cristo.

—¿Corintio?

—Yo no lo veo...

—De Clodoveo...

—¿Qué mausoleo?

—¡Quedó el sombrero!

Así hasta que el guía se despidió y todos quedaron libres para hacer lo que les apeteciera. Y en busca de un helado, se metieron por un barrio de intrincadas callejuelas.

Allí estaba la calle de la Espera, que hacía esquina con la del Olvido, y la calleja del Anzuelo que terminaba en la Plaza de la Anguila. Y la calle del Pan, que olía muy bien, y la del Mar-

tillo, tan ruidosa. La calle de la Esperanza era larguísima, y la del Secreto estaba en plena oscuridad.

En cierto momento una señora gritó:

—¡Mirad cómo se han agujereado mis zapatos nuevos!

¡También los míos! —agregó un señor.

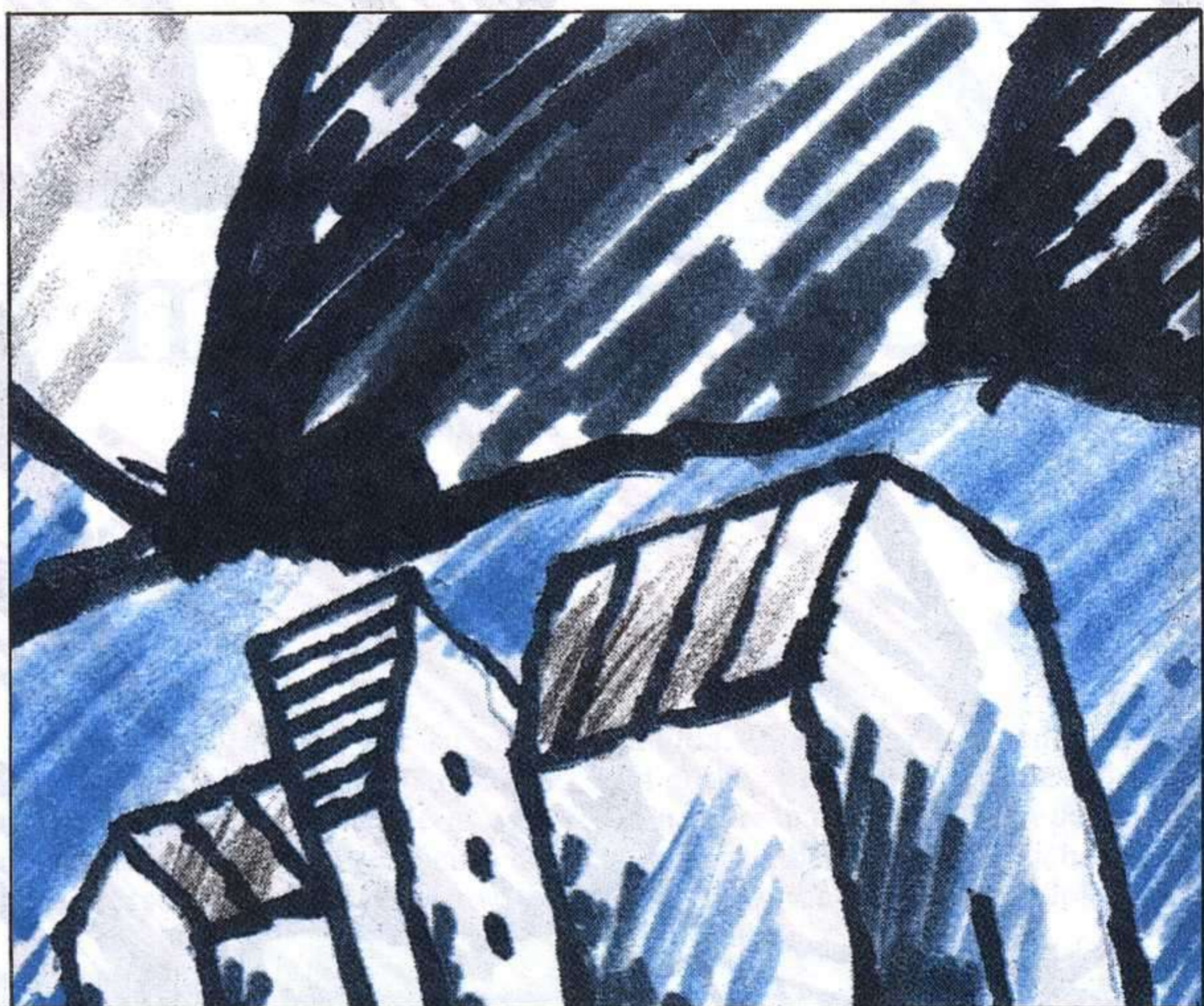
El grupo se detuvo y cada uno observó sus suelas: todas estaban agujereadas.

Eso sucedió cuando atravesaban la calle del Zapatero.

Entonces giraron a la derecha y luego a la izquierda, retrocedieron, tropezaron, se tambalearon, avanzaron, por una senda estrecha y serpenteante: la calle del Vino.

Resbalaron por la avenida del Pescado hasta llegar a la Plaza de los Cuatro Vientos. Soplaban todos juntos y proseguir fue un verdadero tormento. Por fin, llevados por un remolino, llegaron a la calle del Tomate, completamente circular y pintada de rojo. Allí, algunos se quedaron dando vueltas sin parar, y los que prosiguieron, lloraron desconsoladamente en la calle de la Cebolla.

Rápidamente se consolaron al atravesar el pasaje de la Sonrisa con flores en todos los balcones, pleno de sol



AYAX BARNES

y de viejecitos muy simpáticos que charlaban con las palomas.

Al final de este pasaje había un cantero de tierra removida, rodeado por una verja. Estaba vacío, pero tenía un cartel. Decía así:

«Aquí estaba el olmo verde. Pero una mañana se volvió amarillo y soltando trinos volando se fue...»

¿Volar un olmo? Pero... ¡eso es el colmo!, pensaron los turistas. Y a algunos, no a todos, se les alegró repentinamente el corazón y se sintieron ligeros, ligeros como si también ellos pudieran volar. Y en efecto, levantaron vuelo hacia la Gran Plaza del Cielo, y, de este modo, pudieron admirar la ciudad desde otra perspectiva, como los pájaros.

A los otros, en cambio, nada les sucedió. Se fueron por la calle del Olvido y al rato ya no se acordaban de nada. Salieron del barrio y era como si nunca lo hubieran conocido. Cada cual comió su helado, que resultó delicioso, y muy cansados, regresaron al hotel. Allí cenaron y... a la cama enseguida.

Porque a la mañana siguiente los despertarían a las seis para proseguir el viaje y, quizás, quizás... ¡les esperaba un día tan agitado como éste!



AYAX BARNES